

lítico haya sido más verdaderamente civilizado en el total sentido de la palabra y haya dejado al porvenir una herencia más rica en obras y en sugerencias de toda clase. Indudablemente ese es un balance glorioso; porque ¿cuál puede ser, en suma, el objeto ideal de la vida de un pueblo sino el de instalarse en primer término entre aquellos otros cuyos ejemplos constituyen la trama de la evolución humana civilizada?

CAPÍTULO V

Las diversas democracias griegas.

I. OJEADA GENERAL.—II. LAS DEMOCRACIAS EN LA CONFEDERACIÓN ATENIENSE.—III. LAS OTRAS DEMOCRACIAS DE LA GRECIA PROPIA.—IV. LA DEMOCRACIA EN SICILIA.—V. EL FINAL DE LAS DEMOCRACIAS GRIEGAS.

I.—Ojeada general.

El movimiento democrático, cuyo progreso en Atenas hemos seguido, no se ha limitado allí. Se extendió á todo el helenismo, y aun las partes del mundo griego que se le resistieron soportaron su influencia.

Ya hemos visto que en el siglo VIII las antiguas monarquías patriarcales estaban en plena disolución de un extremo al otro del helenismo. El aumento de población, la extensión del comercio marítimo, la de la industria y del trabajo servil, el crecimiento de las ciudades, el desarrollo de la riqueza, todo contribuía á trastornar el antiguo orden de cosas. En casi todas partes son las aristocracias las que primero aprovechan esta evo-

lución para aumentar su poder en detrimento de las familias reales; pero los gobiernos aristocráticos son más duros y más opresivos para la multitud de los humildes de lo que habían sido las antiguas monarquías. La ley de estas sociedades jóvenes y activas es la lucha por la riqueza, y los débiles quedan aniquilados en ella. Ahí se fundan las rebeliones populares, que van seguidas ordinariamente de represiones violentas. Estas luchas intestinas, después de uno ó dos siglos de duración, daban por resultado en general la tiranía, es decir, el establecimiento de poderes despóticos que se fundaban en la fuerza y tenían la mira puesta á convertirse en hereditarios.

Entre estos tiranos, unos habían sido elevados al poder por la oligarquía, libertándose en seguida de toda inspección; otros, por el contrario, se las daban de amigos del pueblo y habían conquistado el supremo poder con ayuda de la multitud (1).

Pisistrato es el ejemplo más famoso del segundo género de usurpadores. Algunos de ellos fueron hombres inteligentes é hicieron cosas útiles ó brillantes; pero todos se inclinaban á no reconocer más ley que su gusto y á mantener su dominio con ayuda de mercenarios. Durante el siglo que precedió á las guerras médicas, casi toda la Grecia había caído bajo este régimen (2).

(1) Aristóteles, *Política*, VIII, p. 1310, B. 15 31.

(2) Tucídides, I, 1811.

La oposición contra los tiranos empezó en Lacedemonia, que también había atravesado un largo período de violentos trastornos, pero sin sufrir la tiranía, y que desde el siglo VIII habían llegado á un equilibrio bastante estable (1). Con sus dos reyes hereditarios, su *gerusia* aristocrática, sus éforos que representaban el conjunto de los ciudadanos, ofrecía el ejemplo, entonces único en Grecia, de una constitución mixta, más próxima á la aristocracia que á la democracia y que conciliaba con bastante fortuna las diversas tendencias del momento. Tal estabilidad interior, unida á una fuerza militar de primer orden, le aseguró durante mucho tiempo una supremacía indiscutida. La utilizó para combatir á los tiranos, á quienes acabó por destruir poco á poco en todas partes, y por sustituir estos poderes despóticos por gobiernos más ó menos aristocráticos, pero más de acuerdo con sus propias instituciones.

La expulsión de los pisistratidas, llevadas á cabo por Atenas en 510, y el establecimiento de la democracia clisteniana cambiaron la marcha de las cosas. Después de las guerras médicas, Atenas se encontró tan poderosa y gloriosa como Lacedemonia; mientras las ciudades continentales de Grecia, más ó menos tocadas de dorismo, seguían agrupándose libremente alrededor de ésta, las ciudades marítimas é insulares, sobre todo las de raza

(1) Tucídides, I, 1811.

jonía, se hicieron primero aliadas, súbditas más tarde de la gran rival de Lacedemonia. Atenas, capital del mundo greco-jonio, era cada vez más democrática; por una tendencia natural, desarrolló con todas sus fuerzas la democracia entre sus aliados y súbditos, segura de que en todos los países los aristócratas estarían dispuestos siempre á volver la vista hacia Lacedemonia, mientras que el pueblo constituiría su firme apoyo.

Jonismo y democracia de un lado, dorismo y aristocracia del otro, fueron términos que se acostumbraba á asociar estrechamente, al extremo de que en muchas circunstancias se invocaron los nombres de jonios y dorios como argumentos para hacer prevalecer en pueblos aún neutros ó indecisos, ya uno de los dos regímenes opuestos, ya la influencia de una de las dos confederaciones. Las dos confederaciones vivieron en paz durante veinte años; después, cuando pareció alejado el peligro asiático, surgió el inevitable conflicto. Interrumpido en 445 por la tregua llamada de treinta años, reapareció algunos años más tarde y dió lugar á la guerra del Peloponeso. La lucha de las dos ciudades fué ante todo una lucha por la hegemonía, pero se complicó fatalmente con una lucha en pro y en contra de la democracia, y más tarde con un conflicto de razas. Jonios y dorios, demócratas y aristócratas, fueron agrupándose poco á poco alrededor de Atenas y de Lacedemonia.

Sicilia, casi aislada en medio de estos conflictos, tuvo durante algún tiempo una evo-

lución autónoma. De igual modo que conservó sus tiranos cuando Lacedemonia destronaba á los de la Grecia propia, tuvo en seguida sus revoluciones democráticas fuera de la influencia directa de Atenas. Lo mismo ocurrió y por idénticas razones en la gran Grecia, en Creta y en la Cirenaica. El alejamiento y la dificultad de relacionarse hacían de estas regiones dorias en mayoría partes distintas del mundo griego, no sustraídas sin duda á cierta vaga solidaridad, en cuanto á la evolución general de las ideas y de las instituciones, pero donde se hacían sentir más débilmente las repercusiones de los sucesos de la Grecia propia y sobre todo las influencias jonias.

Advertiremos, sin embargo, que en resumen todos los movimientos democráticos de estos países siguieron al establecimiento de la democracia ateniense, y que las agitaciones análogas anteriores sólo habían dado lugar á la tiranía. Por lo tanto, es cierto que el ejemplo de Atenas, aún menos eficaz allí que en otras partes, no dejó, sin embargo, de influir.

Lo que se ve claramente es que el movimiento democrático fué un hecho muy general en el mundo griego, y que más pronto ó más tarde, por una causa ú otra, pocas ciudades pudieron escapar á él enteramente. Aun en Lacedemonia la constitución no era puramente aristocrática. En otras partes se vieron florecer democracias moderadas, como en Chíos ó en Marsella, y en otras partes aún se registraron bruscas explosiones de-

mocráticas seguidas de reacciones; pero en todos los países, en diversos grados, hubo al menos tentativas en el sentido de la democracia. Por desdicha, todos esos sucesos nos son poco conocidos. Lo que vemos claramente en ellos, sin embargo, es que casi siempre estos movimientos políticos tuvieron resultados mediocres. Lo mismo que Lacedemonia siguió siendo para todos los griegos el tipo casi único de una aristocracia relativamente discreta y moderada, la democracia ateniense conservó entre todos los gobiernos que se formaron sobre el mismo tipo una indiscutible superioridad. Aristóteles, que no es un amigo de la democracia ateniense, lo declara en términos que merecen recordarse. Después de relatar la caída de los treinta y la amnistía decretada por el pueblo, elogia la belleza moral y la discreción política de las resoluciones adoptadas por la democracia; admira sobre todo el hecho de que, no contento el pueblo con abolir toda persecución individual, llegase á la magnanimidad de declararse solidario de las deudas contraídas por el gobierno de los treinta con Lacedemonia, y añade: «En las demás ciudades, aquellos que establecen la democracia, lejos de sacrificar algo de su bolsillo, se apresuran á proceder al reparto de tierras» (1). ¿De dónde procede esta inferioridad de las demás democracias griegas? No es difícil hallar diferentes causas.

(1) *Rep. At.*, 140, 3.

La primera de ellas consiste en el genio mismo de las razas. No hay duda de que el pueblo ateniense fué el más civilizado, el más armoniosamente cultivado de los pueblos griegos. Su dulzura y su inteligencia naturales, desarrolladas por el hábito de la libertad, contribuyeron notablemente á su moderación. Además le favorecen las circunstancias. La democracia no tuvo en Atenas el carácter de una importación extranjera que se introduce bruscamente en un organismo mal dispuesto, como tan frecuentemente ocurrió en las otras ciudades: nació poco á poco, como un fruto natural del suelo ático, preparado en primer término por las reformas de Solón; ayudado en su desarrollo por el gobierno inteligente de Pisistrato, llegó á su madurez con Clístenes y Pericles, en medio de los generosos entusiasmos de las guerras médicas. Por fin, la democracia ateniense tuvo la dicha de ser bastante fuerte desde el comienzo del siglo V para no tener que endurecerse en una lucha incesante contra las demasías ofensivas de los enemigos interiores. Esto le permitió adquirir las cualidades de un gobierno normal, el respeto á la ley y la preocupación por la paz social. Llegó al equilibrio en la libertad democrática, como Lacedemonia en el orden aristocrático.

Los documentos que existen no nos permiten trazar un cuadro completo de las instituciones democráticas en las diversas ciudades griegas, sobre todo de su historia. Sin duda, no debe lamentarse mucho esto. El estudio de

sus instituciones sería bastante monótono y la historia de su evolución presentaría sin duda muchos rasgos semejantes. Lo que es igual en todas partes, es traslado del poder del nacimiento á la riqueza, luego, de la riqueza á la universalidad de los ciudadanos, excepción hecha de algunas reservas variables, según el tiempo y el lugar. Aristóteles, en su *Política*, ha demostrado además cómo fueron oscilando las democracias de las formas moderadas y legales, las más caprichosas y violentas. Lo mismo ocurrió con las oligarquías y las monarquías. Sin entrar en largos detalles á este respecto, bastará con tomar algunos ejemplos, entre los más característicos y completos de los que nos ofrece la historia griega, y hacer ver así en qué difieren las demás democracias de la de Atenas.

II.—Las democracias en la confederación ateniense.

En las ciudades que formaban parte del imperio ateniense era de rigor el régimen democrático. Si no existía el comienzo, Atenas lo establecía á la primera ocasión. Ya hemos visto que en el momento de organizarse la confederación, ocuparon en ella una situación privilegiada las tres islas de Samos, Chíos y Lesbos. Las tres tenían un gobierno

ó aristocrático ó moderadamente democrático. En 340 surgieron dificultades entre Samos y Atenas. Después de una victoriosa campaña de Pericles, perdió Samos sus privilegios y recibió al propio tiempo una constitución democrática. Lesbos corrió la misma suerte algunos años más tarde, después de la rebelión de Mitilene, en 428. La única que escapó á la suerte común fué Chíos; era, dice Tucídides, una ciudad rica é inteligente, la mejor gobernada de Grecia y la más prudente con Lacedemonia (1). Poseía un poderoso partido aristocrático (2). Cuando desertó en 412, el pueblo, favorable á los atenienses, no se atrevió á levantarse contra los ricos. Atenas, horrorizada, hizo en vano los mayores esfuerzos para reconquistar la más bella de las ciudades de su imperio; la fortuna la abandonaba y sobrevino el fin de la guerra del Peloponeso, antes de poder vengar la rebelión de Chíos, á pesar de algunos éxitos parciales y sin consecuencias. Así se justificaba con un ejemplo brillante la desconfianza ordinaria de Atenas respecto de los gobiernos aristocráticos. Se comprende, pues, la regla de conducta que seguía Atenas con las ciudades que aspiraba á dominar. Hasta llegó á imponer la democracia á ciudades dorias para obligarlas á entrar en su imperio marítimo; es lo que hizo con la pequeña isla de Melos en 418. Puede imaginarse lo

(1) VIII, 24, 4, 5.

(2) VIII, 38, 5.

odiosos que debían ser á los aristócratas locales estos gobiernos democráticos, que se basaban sobre todo en una fuerza extrajera. El autor desconocido de *La República de Atenas*, aristócrata apasionado, declara que si los procesos criminales de los aliados no hubieran sido juzgados por los heliastas atenienses, los partidarios de Atenas en las ciudades sometidas habrían dado muerte á sus enemigos (1). Toda vez que estos sentimientos eran recíprocos, es evidente que las democracias de esta clase no podían servir de modelo de buenos gobiernos.

III.—Las demás democracias de la Grecia propia.

Casi ocurrió lo mismo con los gobiernos democráticos establecidos en la Grecia propia. En todas partes los partidos opuestos tienen aproximadamente la misma fuerza, y el equilibrio, siempre precario, sólo se mantiene gracias á influencias extranjerías. Así es que cuando se rompe, estallan con violencia los furros contenidos durante mucho tiempo, y todas las revoluciones que se hacen en un sentido ó en otro presentan análogos caracteres de encarnizamiento.

En Tebas la aristocracia había hecho trai-

(1) *Rep. At.*, 1, 16.

ción á la causa nacional en tiempo de las guerras médicas. La derrota de los persas arrastró consigo la caída de los aristócratas; pero la democracia, á su vez, por sus faltas y sus furros, provocó una nueva reacción y ocurrió esto varias veces, según que la influencia de Esparta ó de Atenas fuese la más fuerte entre los tebanos, hasta la ruina definitiva de la ciudad de Filipo de Macedonia.

Argos fué una de las ciudades griegas en que la democracia se mantuvo durante más tiempo en el siglo v, por odio á la supremacía espartana. El ejemplo de Argos ofrece la particularidad interesante de ser una ciudad doria y de que, sin embargo, se desarrollase en ella espontáneamente la democracia. Es cierto que el dorismo de Argos parece poseer en el fondo una mezcla de fuertes supervivencias aqueas. También allí toda crisis política va acompañada de violencia. En 417, el pueblo, que acaba de derrotar á los nobles, los destierra ó los condena á muerte (1).

Análogas discordias ensangrentaron la ciudad por los tiempos de la batalla de Leuctres (2).

Podrían multiplicarse tales ejemplos. Aristóteles ha señalado algunos de ellos (3). Pero el ejemplo clásico, por decirlo así, es el de Corcira, del cual ha trazado un inolvidable

(1) Tucídides, V, 82, 2.

(2) Diodoro, XV, 40.

(3) Especialmente *Política*, p. 1302, B. 25-23.

cuadro Tucídides. Siguiendo su costumbre de siempre, quiso poner en esta pintura de sucesos particulares algo más que la imagen de determinadas circunstancias accidentales y contingentes; en este escorzo vigoroso está comprendido todo un lado de la vida política griega; él mismo lo dice expresamente y su pintura gana así un valor general y típico, cuya importancia es tanto mayor cuanto que ni la clarividencia ni la imparcialidad del historiador podrían considerarse sospechosas en este caso. No ataca á un partido más que al contrario, ni á una ciudad con preferencia á otras muchas. Reconoce en las revoluciones de Corcira la explosión de un estado general de odio y de inmoralidad política desarrollado sobre todo por la guerra del Peloponeso, y por tal razón insiste en ello. Al describir el estado de espíritu de Corcira, describe el de los partidos en muchas ciudades y deduce de ello una lección general de moderación que dirige á todos los griegos.

En 427 la aristocracia de Corcira procuró recobrar el poder que había perdido algunos años antes y entregar su ciudad á la alianza de Lacedemonia. Una flota del Peloponeso apareció ante Corcira para prestar apoyo á la aristocracia, pero tuvo que retirarse ante una flota ateniense más numerosa. Triunfó el pueblo; ésta fué la señal de mil atrocidades. Los principales partidarios de la aristocracia se habían refugiado en el templo de Hera; unos cincuenta de ellos se rindieron bajo

promesa de que les juzgarían y fueron condenados á muerte. Los demás se mataron unos á otros, ó se ahorcaban para escapar de las garras de sus enemigos. Durante siete días los vencedores se dedicaron á sacrificar á los vencidos y se cometieron crímenes privados de todas clases bajo color—dice Tucídides—de venganza política.

Era la primera vez que se presenciaba en Grecia una guerra civil tan salvaje, pero no debía ser la última. Bajo la doble impulsión de los odios políticos y de la guerra exterior se estremecieron todas las antiguas máximas de moral. Los aristócratas bajo pretexto de defender el buen orden, el pueblo gritando la hermosa palabra de igualdad, se entregaron á todas las licencias, y cada partido en realidad no quería más que asegurarse la victoria por todos los medios, cualesquiera que fuesen (1).

Corcira, colonia de Corinto, pasaba por doria al igual de su metrópoli; pero es sabido que todas las ciudades dorias contenían una gran proporción de habitantes del país de raza atea. Corcira, ciudad insular procedente de una metrópoli marítima, debía tener por todas estas razones una población muy mezclada. Este es un carácter que Aristóteles señala como contrario en general á las condiciones de un buen gobierno. ¿Fué acaso por eso por lo que llegaron los trastornos de Corcira

(1) Tucídides, III, 28.

á adquirir tan tremenda violencia? El relato de Tucídides dice que el mal procedía de causas más generales.

En medio de estos horrores conviene dejar en lugar aparte á una democracia bastante original: la de Mantinea en Arcadia (1). La Arcadia era como la Suiza de la Grecia antigua, esta Europa en miniatura. Las poblaciones arcádicas no eran ni dorias ni jonias: los griegos las llamaban eolias, nombre vago con el que se designaba todos aquellos restos de las poblaciones primitivas de Grecia que no podían enlazarse ni con los conquistadores dorios, ni con los jonios del archipiélago de las costas. Encerradas en sus montañas y en sus valles, las poblaciones de la Arcadia habían visto pasar la invasión doria, pero habían escapado á la conquista. Los montañeses arcádicos, pastores y leñadores rudos y pobres, emigraban fácilmente y se engancharon como mercenarios cuando la montaña no bastaba á alimentar á una población tan prolífica. Los habitantes de los altos valles eran agricultores, la tierra era fértil y el agua abundante; pero era necesario defenderse incesantemente contra las inundaciones, frecuentes por la dificultad que encontraban los arroyos en abrirse paso á través de un círculo de montañas continuas. Se conseguía, pero á costa de muchos esfuerzos y de buena inteligencia entre todos. En estos valles

(1) Véase el hermoso estudio de Fougere, *Mantinea y la Arcadia oriental*, 1898.

cerrados, muy populosos, no había espacio para grandes dominios, la población se componía de propietarios campesinos que obtenían de sus tierras lo necesario para vivir. Parece que en una época remota, estos valles estuvieron bajo el dominio de los señores minios de Orcomenes. Después de la caída de los minios, los habitantes de la región que debía constituir más tarde la ciudad de Mantinea formaban una reunión de cinco demos autónomos, pero deliberaban juntos sobre algunos asuntos comunes. Tardaron mucho tiempo en aprobar la necesidad de organizar una ciudad propiamente dicha, concentrada en una población única. Cuando necesitaban reunirse para deliberar, se dirigían á las cercanías de un antiguo oráculo de Pascidón Hippios, situado en un lugar que se llamaba Mantinea ($\mu\acute{\alpha}\nu\tau\iota\varsigma$, divino). El nombre de Mantinea figura ya en el catálogo de la *Iliada* (1), pero designando el conjunto del territorio ocupado por los demos mantineas. Esta confederación de campesinos logró pronto en Grecia la reputación de un pueblo religioso de costumbres sencillas, hospitalario y dulce. La *Iliada* añade al nombre de Mantinea el calificativo de «amable». Cultivaban la música y la orquística.

Las mujeres representaban gran papel en la religión mantinea como profetisas y sacerdotisas inspiradas, y no sin razón atribu-

(1) *Iliada*, II, 607.